

# Kit de lectura 2 de "la juventud en la Alemania nazi"

## Los jóvenes en los márgenes, Parte 1

Cuando Elizabeth Dopazo y su hermano eran muy jóvenes, a sus padres los enviaron a un campo de concentración por sus creencias religiosas, eran Testigos de Jehová, cuya fe exigía que le juraran lealtad solamente a Dios. Por lo tanto, los Testigos de Jehová, por sus convicciones religiosas, se rehusaron a decir "Heil Hitler". Después de que sus padres fueran arrestados, Elizabeth, de siete años, y su hermano, de seis años, se fueron a vivir con sus abuelos. Elizabeth recordó más tarde:

Tuvimos que aprender rápidamente a hablar de manera diferente para que, quizás, no fuéramos tan notorios. Desde el primer momento, en la escuela teníamos que levantar el brazo derecho y decir "Heil Hitler" y todas esas cosas y después, algunas veces no lo hacíamos. En ocasiones, no había problema. Puedes dejar caer un pañuelo, puedes hacer alguna cosa, pero rápidamente prestan atención y dicen, "¡oh!, eres diferente y eres nueva en la escuela". Entonces, te comenzaban a vigilar más de cerca. Uno podía encontrarse con un niño o dos que lo delataran, pero era raro. El maestro nos pedía que fuéramos al frente de la clase y nos decía "¿por qué no dicen Heil Hitler?" y uno estaría temblando porque sabía, a diferencia de otros niños, que si decía la verdadera razón, estaría en problemas. Para nosotros, decir "Heil Hitler" y jurarle lealtad a una persona iría contra nuestras creencias. No debíamos hacerlo porque ya le habíamos jurado lealtad a Dios y a nadie más. Entonces, podíamos ponernos de pie y ser respetuosos con el gobierno, pero no podíamos participar en la adulación de figuras políticas...

Más adelante, cuando tenía doce o trece, nos unimos a las Juventudes Hitlerianas, incluso sin querer hacerlo, pero la Gestapo se presentó en la casa de mis abuelos, así como se ve en las películas, con abrigos largos de piel, y se pararon ante la puerta y dijeron "sus nietos tienen que unirse a las Juventudes Hitlerianas y, si no lo hacen antes del jueves, tomaremos medidas más drásticas". Después de que se fueron, les dijimos a nuestros abuelos que nos uniríamos al día siguiente, aunque odiáramos todo eso. Estuvieron de acuerdo en que era la mejor decisión y rápidamente nos pusimos esos uniformes...

A medida que el tiempo pasaba, mi hermano, cuando tenía trece o catorce, casi había sido persuadido. ¿Saben?, uno tiene que creer en algo. Él quería ser un oficial alemán y dijo que nuestro padre había estado equivocado todo el tiempo y que estábamos fracasando por las creencias de nuestro padre. Él [nuestro padre] murió por sus ideales y ¿dónde estamos? [Mi hermano] estaba muy enojado. Yo también, pero no tanto. Dudaba entre lo que sería correcto hacer y lo que no...<sup>1</sup>

<sup>1</sup> Elizabeth Dopazo, "Reminiscences", entrevista inédita, 1981, Facing History and Ourselves.

## Camaradería

En 1938, un chico llamado Hans Wolf escribió una historia sobre sus experiencias en las Juventudes Hitlerianas, la cual fue publicada en un libro de texto escolar. La historia se llamaba "Camaradería". Así empieza:

Era un caluroso día y todavía nos quedaba mucho camino. El sol quemaba en el brezal, despojado de árboles. La arena brillaba, yo estaba cansado. Me dolían los pies con esos zapatos nuevos; cada paso me hacía daño y en lo único que pensaba era en descansar, beber agua y recibir sombra. Apreté los dientes para seguir caminando. Yo era el menor y esta era mi primera salida. Delante mío iba Rudolf, el líder, que andaba a zancadas. Era alto y fuerte. Su mochila era pesada y le presionaba los hombros. Rudolf llevaba el pan de nosotros, los seis chicos, la olla para cocinar, y una pila de libros, de los cuales nos leía magníficas y emocionantes historias, por la noche en el albergue. En mi mochila solamente llevaba una camisa, un par de zapatos de deporte, artículos de aseo, y algunos utensilios para cocinar, aparte de una lona impermeable para los días lluviosos y camas de paja. Y, aun así, pensaba que ya no podía cargar esta mochila por más tiempo. Mis camaradas eran un poco mayores y tenían experiencia acampando. Escasamente sentían el calor y las dificultades de la marcha. De vez en cuando, suspiraban y bebían café tibio de sus cantimploras. Poco a poco, me iba quedando más rezagado, a pesar de que intentaba compensar mi diferencia corriendo. De repente, Rudolf se dio la vuelta. Se detuvo y me miró mientras yo caminaba a paso de tortuga hacia él desde la distancia, mientras nuestros camaradas continuaban hacia unos árboles en el horizonte. "¿Cansado?", me preguntó Rudolf amablemente. Avergonzado, le respondí que sí. Caminamos despacio uno al lado del otro. Yo estaba sin fuerzas. Pero no quería decírselo a Rudolf. Cuando llegamos a una zona de enebros, el líder se sentó y dijo: "¡descansemos un poco!". Aliviado, me dejé caer. No quería conversar, porque era tímido. Rudolf me dio algo de tomar. Le agradecí y me recosté cómodamente, feliz de poder estirar mis pies adoloridos, y, sin darme cuenta, me quedé dormido... Cuando retomamos la marcha, los pies me dolían mucho menos y la mochila ya no me presionaba tanto. Estaba muy contento por eso.<sup>1</sup>

## **“¡Heil Hitler!”: lecciones de la vida diaria**

En 1938, la escritora Erika Mann publicó un libro llamado *School for Barbarians: Education Under the Nazis*. Mann había emigrado de Alemania a los Estados Unidos en 1937. En su libro criticaba los esfuerzos de los nazis por moldear las ideas y sentimientos de los jóvenes. En este, ella describe cómo la vida diaria en Alemania era una especie de “escuela” que educaba a los niños de acuerdo con los ideales nazis:

Todos los niños dicen “¡Heil Hitler!” entre 50 y 150 veces al día... Es obligación por ley; si te encuentras con un amigo de camino a la escuela, lo dices; los períodos de estudio empiezan y terminan con “¡Heil Hitler!”; el cartero, el conductor del tranvía, la chica que vende cuadernos en la papelería saludan diciendo “¡Heil Hitler!”; y, si las primeras palabras de tus padres cuando llegas a casa a almorzar no son “¡Heil Hitler!”, han cometido una infracción condenable y pueden ser denunciados. “¡Heil Hitler!” gritan en los Jungvolk y en las Juventudes Hitlerianas. “¡Heil Hitler!” gritan las chicas de la Liga de Muchachas Alemanas. Si te tomas la devoción en serio, tus oraciones por la noche deben terminar con “¡Heil Hitler!”...

... Cuando sales de la casa por la mañana, “¡Heil Hitler” debe salir de tu boca; y en la escalera del complejo de apartamentos te encuentras al *Blockwart* [guarda de la cuadra]. Una persona de gran importancia y cierto peligro, el *Blockwart* ha sido designado por el gobierno como guardián nazi. Él controla la cuadra, presenta informes periódicos, vigila los comportamientos de sus residentes... A lo largo de toda la cuadra, ondean las banderas, todas las ventanas tienen estandartes rojos con la esvástica negra en el medio. Uno no se detiene a preguntar ¿por qué?; se supone que es un evento nacional... Solamente los judíos están exentos bajo la estricta regulación. Los judíos no son alemanes; no pertenecen a la “nación”, no pueden celebrar “eventos nacionales”...

Hay más letreros mientras continúas tu camino a la escuela, en hoteles, restaurantes, piscinas interiores. Estos dicen “No se permiten judíos”—“Aquí los judíos no son bienvenidos”— “No prestamos servicios a judíos”. ¿Y qué sientes? ¿Estás de acuerdo? ¿Sientes placer? ¿Repulsión? ¿Te opones? No sientes nada de eso. No sientes nada, has visto estos letreros durante casi cinco años. Es algo habitual, es normal, que por supuesto los judíos no sean admitidos aquí. Cinco años en la vida de un niño de nueve, es toda su vida, después de cuatro años de infancia, toda su vida personal, su existencia consciente... 1

## Rechazando el nazismo

Algunos jóvenes alemanes se rehusaron a unirse a las organizaciones de Juventudes Hitlerianas. Un grupo que se rehusó unirse se hizo llamar *Swing-Jugend* ("los jóvenes del *swing*") por un estilo de música jazz estadounidense y de baile que les encantaba. El historiador Richard Bessel describe así a los "jóvenes del *swing*":

Los jóvenes del *swing* no eran anti fascistas en el sentido político; de hecho, su comportamiento era rotundamente antipolítico, tanto los eslóganes de los nazis como los del nacionalismo tradicional les eran profundamente indiferentes. Buscaban su contra identidad en lo que llamaban la cultura "desaliñada" de... Inglaterra y los Estados Unidos. Aceptaban a los judíos y a los "mitad judíos" en sus grupos... y ovacionaban a las bandas visitantes de Bélgica y Holanda.<sup>1</sup>

Un informe de las Juventudes Hitlerianas sobre un festival de swing realizado en Hamburgo en 1940 al que asistieron más de 500 adolescentes describe el tipo de comportamiento que molestaba a los oficiales nazis:

Los bailarines eran una visión espantosa. Ninguna de las parejas bailaba normalmente; solo había swing de la peor clase. A veces, dos chicos bailaban con una chica; otras, varios formaban un círculo, uniendo las manos y saltado, chocando las manos, incluso, frotándose la parte posterior de las cabezas; y luego, se doblaban en dos, con la parte superior del cuerpo colgando relajadamente, con el cabello largo cayéndoles en el rostro, arrastrándose por el espacio prácticamente hasta las rodillas. Cuando la banda tocó una rumba, los bailarines dieron rienda suelta a la euforia. Todos saltaban y mascullaban los coros en inglés. La banda tocaba canciones cada vez más alocadas, ya ninguno de los artistas estaba sentado, todos bailaban Jitterbug en el escenario, como animales salvajes. Era frecuente ver a chicos bailando juntos, sin excepción con dos cigarrillos en la boca, uno en cada comisura...<sup>2</sup>

<sup>1</sup> Richard Bessel, *Life in the Third Reich* (Oxford: Oxford University Press, 1987), 39.

<sup>2</sup> Bessel, *Life in the Third Reich*, 37.

## Los jóvenes en los márgenes—Parte 2

La vida diaria en la escuela era difícil para un chico llamado Frank, uno de dos estudiantes judíos en una escuela en Breslavia a mediados de la década de los treinta. Él recuerda:

Las personas empezaron a acosarme, llamándome “sucio judío”, y ese tipo de cosas. Y empezábamos a pelear... Tenía un amigo, quien estaba en un curso por encima, que peleaba en todos los descansos... Empecé a pelear también, porque me insultaban demasiado o empezaban la pelea, cualquiera de las dos.

Estábamos muy aislados, y salía una orden tras otra... [Una] orden decía: todos los judíos deben saludar usando el saludo alemán. El saludo alemán era levantar la mano y decir “Heil Hitler”. Después, salió la siguiente orden que decía: no se les permite a los judíos saludar con la señal de “Heil Hitler”. Entonces, en Alemania, uno tenía que saludar a cada maestro. Cuando veías a un maestro en la calle, tenías que respetarlo y saludarlo, hasta tenías que hacer una reverencia...

Estábamos en una situación insostenible, porque cuando subíamos por la escalera y veíamos un maestro, y le decíamos “Heil Hitler”, él se volteaba: “¿Ustedes no son judíos? No pueden saludarme con el saludo de ‘Heil Hitler’”. Pero si no lo saludábamos, entonces, el siguiente maestro diría “¿No se supone que tienen que saludar [me diciendo] ‘Heil Hitler’?” Y esto siempre venía acompañado de un castigo... No todos pero sí algunos, los maestros que me conocían y me acosaban, me castigaban, me mandaban a una esquina del salón, o me humillaban de una u otra forma...